

IRIS



NUM. 182

BARCELONA. 1 NOVIEMBRE 1902

25 CENTS

Ayuntamiento de Madrid

¡DICHOSOS MESES!



Desde el helado hasta el ardiente polo... hemos soportado la tan acreditada serie anual de Tenorios que, por esta época nos machacan los oídos con aquello de:

¡Ah! ¡No es cierto angel de amor!...

Lo cual que muchas niñas cursis, con vistas á Ineses, pierde la chaqueta, y algo más, cuando dicen á sus Juanes respectivos:

*¡Yo voy á tí, como va
soberbio al mar ese viol!...*

¡Válgame Dios, y cuántos estragos causa en las almas sensibles el terrible galanteador sevillano!

—¿A dónde va usted tan desesperada?—pregunté ayer á D.^a Engracia, respetable patrona y madre de una joven candorosa y romántica, si que también tonta de remate.

—¡Imbecil!—respondió la interrogada.—¡Tras de mi honor! Es decir, y usted perdone el modo de señalar, tras de mi niña, que se ha fugado con D. Damián, aquel huésped que parecía tan formal y tan... ¡cómo que tiene un tío cura!

—¿Pero cómo ha sido eso?

—Pues verá usted: se empeñaron en hacer el Tenorio en casa la noche de ánimas y después de la escena del sofá, el muy tuno, que actuaba de D. Juan y mi niña, que era D.^a Inés, desaparecieron y...

—¡Pobre D.^a Engracia!

¡Pues no digo nada de los trastornos gástricos que produce la carne de puerco,—que sin perdón así se llama,—en los estómagos delicados!

Ha llegado el tiempo de las muertes mis teriosas.

¡Cada salchicheria es un arcano!

Durante cinco meses, vamos á vivir en continuo sobresalto, víctimas de la morcilla incógnita y del chorizo sospechoso.

¡Eso es horrible!

Compra usted un kilo de longaniza, la paga religiosamente, si tiene usted ese vicio, la entrega en el hogar con las solemnidades de rúbrica y familiar regocijo, su costilla la guisa con toda la escrupulosidad que el caso requiere, la doméstica sirve el succulento plato, usted y el resto de su familia lo saborean con el natural apetito y buen humor, y al otro día... ¡cólico, intoxicación, muerte prematura!

¡Guerra al embutido!

Conozco un chico que va para poeta, y ha escrito una elegía ó herejía dedicada á la memoria de su difunta novia, que murió á causa de un atracón de salchicha putrefacta.

Vaya un fragmento para muestra—¡y plegue á Dios que les aproveche!



La composición se titula: *La salchicha alevosa* .. ¡más alevosa que el célebre murciélago de Fray Diego González aunque no tanto como las estrofas de mi amigo!



Morta murio... ¡tan joven y tan bello!
y muerto conveniencia... ¡frente vivo!
Pobre de mí, que idolatraba en ella
desque cruza la vi, por mi camuflé...
¡el ver lo quisiera un fatal estrella!
¡Ay! ¡Moro de un hastazgo de celos!
¿bunde puede existir mayor desdicha?
¡dormir al favor de una salchicha!

—Y sin vergüenza, —añadí, previendo un *sablazo* en puerta,

—Eso no; porque si no tuviera vergüenza como dices, ahora mismo te pediría dos pesetas para un apuro.

—Y yo, no te las daría...

Al llegar el día quince, muchos habitantes de la villa del oso, se sienten cebones y acuden al Pardo en busca del gorrinesco manjar que la encina produce.

Allí festejan á San Eugenio; se atracan de bellotas, como cualquier cerdo bien acomodado y *pescan* unas cuantas merluzas de primera clase, con acompañamiento de canto, baile y algunos estacaos si á mano viene...

¡Y así se divierte y goza el buen pueblo, sin acordarse de que existen en el mundo Sagastas y Silvelas!

Como quien dice Tenorio y Mejía...

Los cuales, *tête á tête*, en una mesa de cualquier *restaurant* barato, á falta de hostería pudieran decirse:

Sagasta. —Yo pueblos enchilló,
garantías suspendí,
como quise goberné,
y al Vaticano rendí
mi morrión y mi tupé.
Yo á Canalejas vendí,
yo á Segismundo adoré,
yo siempre cuando caí,
en toda España dejé
memoria triste de mí...

Silvela. —Yo la daga manejé
lo mismo que un bisturí;
yo á Cánovas traicioné
y como pude subí
y de cabeza bajé.
Yo á los pobres escupí,
yo á los ricos halagué,
yo al pueblo en masa oprimí,
y en el gobierno, dejé,
memoria triste de mí...

¡Porque en cuanto á funestos, poco tienen que echarse en cara el uno al otro!

Como á fines de este mes abrirá sus puertas el Regio Coliseo, propongo á la empresa los siguientes repartos para las óperas que se indica:

I promessi sposi, Sivela y Maura.
I puritani, Romanones y Montilla.
Favorita, Moret.

Don Giovanni, Villaverde.

Fausto, D. Práxedes.

Mefistófele, Romero Robledo.

I pagliacci, algunos eximios de la mayoría.

Gli Ugonotti, Ferrándiz y Pey Ordeix.

Il trovatore, varios chicos modernistas.

Il duca d'Alba, Weyler.

Y si al amigo Arana no le resulta el programa, que me perdone en gracia á la buena intención que me guía...

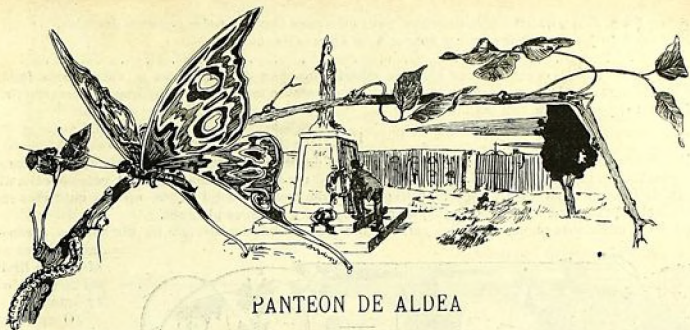
Porque más *propio* ... ¡ni el Gallo... Alcántara!

LUIS FALCATO





UN PATIO DE GRANADA, por Pozo



PANTEON DE ALDEA

I

La poética perspectiva de una apacible tarde otoñal, me sacó un día de mi gabinete solitario en busca de auras vivificadoras que refrescaran mi somnoliento cerebro.

Juguetaban en la campiña las sutiles mariposas y no se escuchaba más rumor que el monótono zumbido de uno que otro inofensivo abejorro, perdido entre la exuberante verdura y silvestres jardines del dilatado, fértil y hermoso valle.

Cual si me empujara invisible mano, caminaba, caminaba sin saber á dónde.

La lectura de una novela de Edgard Poë, de que había disfrutado momentos antes, me mantenía suspenso, anonadado, vagando de acá para allá al través de un mundo lóbrego de raquíticos espectros y de siniestras visiones...

La hipnotización fatídica producida por aquella lectura fantástica había sido completa. Sentía avidez de sensaciones extrañas, de contemplaciones lúgubres de espectáculos quiméricos; sed devoradora de perfumes indefinibles, de paisajes sombríos; de coloquios íntimos con seres de más allá de las tumbas...

A la verdad, mi espíritu desfallecía delirando.

De pronto, una losa marmórea vino á recordarme que vivía aun.

El suave y helado contacto de la lápida de un sepulcro, era lo que me había vuelto al perfecto conocimiento de la vida real.

II

De hinojos, echado sobre una tumba derruida, besaba maquinalmente con mis labios el polvo sagrado de un Camposanto.

¿Quién me había llevado allí? ¿Qué objeto me guiaba? ¿Soñaba acaso? Lo ignoraba. Lo cierto era que nadie había allí más que yo y que estaba sitiado por cuatro altas y gruesas murallas.

El silencio más profundo reinaba en aquel bendito asilo de la paz eterna, y nada había que no fuera la más elocuente confirmación de la bíblica sentencia: «Polvo eres y polvo te convertirás».

¡Qué ideas, á cual más amarga, cruzaban á la manera de errantes mariposas, en derredor de una luz, por mi mente, agitada entonces como rugiente marea.

Sitio predilecto de la meditación, aquel humilde panteón de aldea traía á mi recuerdo muchos y muy tristes pensamientos: la memoria querida de un padre inolvidable fallecido cuando su hijo único no había dejado aun la prisión de la cuna; de una esposa que perdió para siempre á su esposo; de una hermana que vió morir en el apogeo de su juventud al hermano de su alma, y, por último la desaparición de una cándida virgen, ofrenda con que la tierra quise conquistarse los favores y simpatías del cielo.

Sentía aun en los labios el perfume de la láctea esencia maternal, cuando tuve el dolor inmenso, incomparable, de perder al que la existencia me diera.

Muchos años han pasado; otros tantos habrán de transcurrir tal vez, sin que su recuerdo querido (religiosamente dado á conocer, como una tierra plegaria, por la voz balbuceante de una madre amorosa é inconsolable), se extinga del corazón.

La memoria de aquellos que nos dieron el ser deba borrarse únicamente con la muerte de los buenos hijos.

Si son los padres á quienes todo debemos, para ellos sean también todos nuestros desvelos.
¡Felices los hijos que saben servir y honrar á los autores de sus días!

El sepulcro, con sus oscuras fauces abiertas, muéstranos cuán deleznable es la vida: llama fugaz que el más ligero soplo desvanece, chispa lúcida de un cerebro loco, que vive lo que las rosas del lírico francés: «el espacio de una mañana!»

III

De improviso, la silueta de una mujer se desliza rápida por el sínnoo matorral que cubre un apretado cumulo de mortuorios lechos. Es la de una joven al parecer bellísima, virginal, como el cáliz diminuto de la campanula, escultural y fantástica como esas creaciones del Dante, apenas cubiertas sus impalpables formas con una túnica transparente de tenues y flotantes pliegues.

¿Qué voz misteriosa pudo animar las yertas cenizas de esa hada misteriosa de ultratumba, arrebatada tal vez al

afecto sin límites de rendidos amantes?

¿O será la musa del trovador pastoril que, en los albores de la llamada noche, alza la fría losa de su sepulcro para referirnos sus cuitas? ¿Quizá la hija ingrata, una sombra vaga, tal vez nada,



vana ilusión, risueña quimera, fugaz mentira...? No sé qué desconocido é indefinible deleite me inspiraba la escena misteriosa del panteón.

Las frases de amor de una conquista perdida; los suspiros, los ayes de vehemente angustia de una madre idolatrada; todos esos rumores ininteligibles de vocablos y de interjecciones acudían en confuso tropel á mi mente, á mostrarme, con la meridiana claridad de la evidencia, la fragilidad del edificio humano, condenado á desplomarse con ensordecedor estrépito al menor impulso adverso del destino, ciego é inexorable.

Las cruces enmohecidas ó despedazadas, los ataudes roídos por la acción del tiempo, los huesos de los hombres, niños y mujeres que dejaron de serlo; en una palabra, la materia, en lucha abierta con la materia, hace del Camposanto el coliseo más interesante y lleno de nebulosidades morales.

¿Quién no se abisma, quién no se siente sobrecogido de espanto, ante ese negro caos de lóbreguez infinita, refugio eterno de las víctimas de la muerte?

Y no obstante, vemos á nuestros más caros amigos descender al fango para calumniarnos; miramos alzarse la maldad en su sólo de reputaciones vulneradas; oscurecer el talento, manchar la virtud, prostituir la honradez, divinizar el vicio. En todas partes el hombre perecedero, dando libre desahogo á sus instintos animales, creyéndose inmortal y árbitro absoluto de los destinos sociales.

¡Cuánta idea fecunda anulada, cuánta inocencia perdida, qué de males, minando los cimientos de la vieja monarquía social!

Aceptadas como verdades dignas de fe las más repugnantes pasiones, nadie piensa hoy que algún día habrá de bajar á la tierra que huella con tanta soberbia, y confundir sus restos con la infecta muchedumbre de los gusanos.

El asombroso incremento que día á día toma la corrupción, las lepras sociales, nos asustan y nos hacen temblar por el porvenir de la humanidad.

Nadie piensa en un *más allá*.

Hombres y mujeres, jóvenes y ancianos, ricos y pobres, nadando en la impudicia y teniendo los ojos fijos en los bienes materiales, sin parar mientes en que, como el peregrino que levanta su ligera tienda, todo lo que nos rodea nos abandona: riquezas, techo paternal, amigos, la esposa, el protector compasivo, ó la madre solícita que con sus saludables consejos, besos y caricias nos hiciera hombre, indicándonos como patria el mundo, como timbre de orgullo el honor, y como haber cuantioso é inagotable, el trabajo.

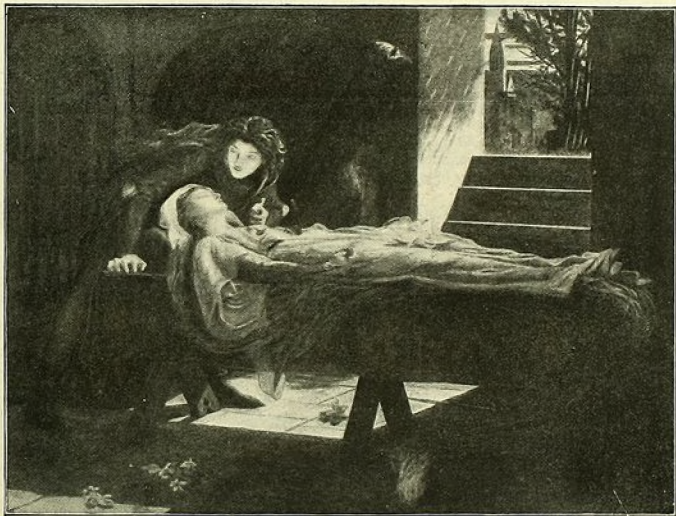
En la ciudad y en la aldea, en el pueblo más habitado como en el villorio incipiente, el cementerio, —ó «la ciudad de las tumbas», como lo ha denominado alguien,—ocupa un lugar solitario: viva imagen del respeto universal.

La virtud, libertadora heroica del espíritu, representada por la silueta fugitiva del panteón de aldea, huye despavorida, siendo difícil encontrarla ni aun en el seno de esos hogares, dignos émulos de los de la Edad de Oro, en los que en otro tiempo no se acaparaban tesoros ruines y se pensaba más cuerdate en lo que somos, despojados del aliento vital que nos anima.

Los ignorantes, —á lo menos,—de las épocas bárbaras que pasaron, discurren con criterio más espiritualista: pensaban en la muerte, y temblaban ante la idea de ser sorprendidos por ella, rindiendo culto impuro al escándalo, á la avaricia ó al crimen!

J. SANTIAGO ESPINOSA (CHILENO)

BELLAS ARTES



ROMEO EN LA TUMBA DE JULIETA, por Lucia Madox Brown

Compréndese que el final de la hermosa tragedia Shakesperiana haya tentado á los más ilustres pintores para reproducir sobre el lienzo la tremenda situación de los dos amantes. Con todo, justo es reconocer que los conterráneos del autor se llevan la palma al tratar de semejantes asuntos, como buena prueba de ello son las ediciones ilustradas de Shakespeare, aunque sobre todo la que lleva dibujos de Franck Dicksee, y los numerosos cuadros de los más ilustres pintores referentes á igual asunto. Lucia Madox Brown, hija del insigne prerrafaelita que tantas veces trasladó al lienzo escenas de las obras del gran Will se muestra en el cuadro que reproducimos digna continuadora del glorioso artista cuyo nombre lleva; su cuadro respira sentimiento, y está magistralmente ejecutado.



LA GRATITUD

Era el Sr. Juan un hombre robusto y fuerte, de edad indefinible y si por su rostro alterado y rugoso se hubiese querido juzgar sus años podía haberse creído á la vez que contaba cuarenta, ochenta ó cien años.

Vivía solo, en una casa vieja y fea, que llena de grandes grietas en sus débiles muros amenazaba la rápida descomposición de su inorgánico cuerpo.

Allá, en su juventud fué un pobre obrero que á fuerza de grandes sacrificios y nutriendo de escasa alimenta-

ción su fuerte organismo logró, según se decía en el pueblo, reunir unos dineros, que la fantasía popular hacía subir á inmensas cantidades, y de aquí gozase en él fama de rico.

Con él llevaba siempre un hermoso perro de talla gigantesca que denotaba ser extremadamente dócil; al retirarse á descansar, dormía á los pies de su lecho; en las comidas que eran escasas y de pobres manjares, elegía lo mejor de los alimentos dándoselos en la boca al inteligente animal, que los engullía con gran presteza; tal era el cariño que se tenían que jamás se separaban.

Tenia en el perro un extraño confidente á quien contaba los sucesos más interesantes del pueblo; y el animal pendiente de sus labios le escuchaba atento, fija en él su mirada como si entendiese tal vez lo que su dueño le decía.

Si bondadoso era el Sr. Juan con los animales, más aun lo era con sus vecinos á los que en época de escasa recolección jamás negó sus favores. El año anterior, fué de prueba para los labradores.

La sequía agostó sus plantaciones y sus siembras, de fuertes y lozanas que hubieran sido se quedaron en el más completo estado de raquitismo que imaginarse puede.

El clamor de los labradores era aterrador, grande, inmenso. Ante aquellas numerosas familias hambrientas y furiosas se conmovió el buen corazón del Sr. Juan. Así, brindó pequeñas cantidades metálicas, que fueron acogidas con gran júbilo por parte de todos.

Extendióse la voz por el pueblo, y como hormigas que van buscando un grano que aumente sus provisiones; al igual el número acudieron los labradores á casa del Sr. Juan. Un coro de cientos de voces, cantaban himnos y alabanzas en loor del Sr. Juan, y la gratitud de los labradores en aquel entonces con nada podía compararse. Como á imagen adorada le rendían culto fervoroso.

—¡Gloria al amigo de los pobres! ¡Bendigámosle! ¡Dios se lo aumente!

Y así por el estilo, mil y miles de exclamaciones lanzadas por los labriegos, ciegos por su bienhechor. Transcurrieron unos años. Ahora ya, aunque no todos, habían pagado los préstamos y el Sr. Juan era mirado con indiferencia por el olvidadizo pueblo.

Una noche, dormía el anciano con el sueño del justo, cuando se despertó ahogado por un humo acre y espeso, que poco á poco iba invadiendo la habitación en que se hallaba. Momentos después oyó crujir de maderos y techos que se derrumbaban con gran estrépito; inconscientemente levantóse de la cama y dirigiéndose hacia la puerta la abrió intentando tal vez conocer lo que pasaba, cuando una inmensa llamarada intensamente roja subió por las escaleras con la velocidad del rayo; sobrecoigido, lleno de espanto, retrocedió hacia el fondo de la habitación; y ya allí, se dió cuenta en su mente de lo que ocurría; llamó á su perro, y abriendo una pequeña ventana se lanzaron los dos á la calle.

A la mañana siguiente contemplaba el Sr. Juan las cenizas de aquella que fué su casa; en ella quedaban los frutos conquistados en sus juveniles años. ¡Ah! He hecho bien á muchos; ya me protegerán, dijo el viejo con voz lastimosa, triste, como quien exhala un gemido, á la vez que dos gruesos lagrimones surcaban su tez. De puerta en puerta, imploró la caridad de aquellos á quien favoreció y ahora corría la voz como reguero de pólvora entre el vecindario. ¡Qué viene el Sr. Juan pidiendo! exclamaban; y las puertas se cerraban ante sus ojos.

¡Oh! La gratitud de los hombres. ¡Pobre viejo solo en el mundo! ¿Sólo? No, su perro le seguía.

SATURNINO PÉREZ



GOTAS

Me pregunto sin querer:
—¿Tardará en aparecer
quien se atreva á legislar
que se obligue á levantar
á aquel que ayude á caer?

Fervientes ruegos hacías
de rodillas ante un santo;
por saber que le pedías
¡quién poseyera el encanto
de ser santo un par de días!

Huyendo de la ciudad,
ahora que el calor abruma,
me interné en la soledad
donde doy gusto á mi pluma
proclamando la verdad.

Fué mala; tuvo su pena
y hoy que, arrepentida, es buena
yo la otorgo mi perdón;
que también la Magdalena
consiguió su salvación.

Acéptalo como cierto:
tengo mi tumba escogida
en un rincón de tu huerto;
si me desprecias en vida,
¡quiero que me pises muerto!

Combatiendo en tierra extraña
por la integridad de España
me destrozaron un hueso
y la patria... ¡me dió un peso
por cada mes de campesía!

¡Madre! Título sagrado
que no merece obtener
la que comete el pecado
de dejar abandonado
un inocente al nacer.

M. PÉREZ SERRANO



EN EL CEMENTERIO

¡Qué triste había amanecido el día de difuntos!

El alba me sorprendió en la calle. Las campanas con su lúgubre tañido me ponían tristonazo, haciendo caer mi espíritu en que se yo que antros de melancolía y caminaba al azar. Acababan de dar las seis, y no sabía que misterioso arcano me había llevado hasta la verja del Cementerio.

En efecto, á poco andar me encontré frente á la entrada de la Necrópolis y entré.

Todo era allí frialdad y tristeza. Los pinos se columpiaban solemnemente al ser acariciados por el cierzo, entonando en su música incomprensible algo así como una salmodia ó un versículo del *Miserere*. Solo se distinguía en el primer patio un ser humano.

Era una mujer joven que lloraba copiosamente de rodillas sobre un montículo de tierra blanda y vaciante, y abrazada á una cruz descolorida...

El sepulturero me enteró de que aquella pobre mujer, hacía un mes, desde el entierro de su hija, iba todos los días á esa hora.

Ya hacía bastante rato que estábamos allí y empezó á invadir el Campo Santo, la inmensa muchedumbre que todos los años lo visita.

La mujer aquella besó por última vez aquella tierra humedecida con sus lágrimas, y salió precipitadamente como huyendo de todas aquellas gentes que cargadas de riquísimas coronas la herían en lo más íntimo de su dolor.

Yo no sé que poder irresistible atraía mi vista hacia aquel montículo, donde no habían crecido las margaritas, ni había otra cosa que la cruz descolorida y las lágrimas de una madre.

En la puerta varias floristas se hacían pagar cara su mercancía.

Yo salí á comprar un ramo, uno nada más, de gardenias, que iba á depositar en aquel lugar que simbolizaba el cariño y la miseria; y pensaba en la satisfacción de aquella infeliz, al encontrarse al día siguiente un ramo en la tumba de su hija.

Acababan de apearse de una lujosa carretela cuatro damas y un niño de cuatro ó cinco años.

Dos lacayos las acompañaban llevando cuatro coronas colosales; aparté la vista instintivamente, porque me acordé de la *pobrecita* enlutada, de aquel montículo de tierra empapado en lágrimas y de aquella cruz descolorida.

Aquella gente había hecho alto delante de un regio mausoleo depositando las coronas sobre el magnífico pedestal.

Compré las gardenias y fui á colocarlas; llegué al patio, y una amargura intraducible se apoderó de mí, empecé á afligirme y sentí ganas de llorar; aquella cruz ya no la veían mis ojos; y yo miraba, miraba sin cesar con el alma oprimida y eran inútiles mis esfuerzos, la cruz había desaparecido.

De pronto ví al niño de la carretela correteando á *caballito* sobre un palo descolorido. ¡No se que rayo de luz iluminó mi cerebro!

—¿Señorita,—pregunté tímidamente á la hermana mayor,—usted sabe si ese pedazo de palo con que juega este niño pertenecía á alguna cruz...?

—Sí,—me interrumpió indif-rente,—yo misma lo arranqué; el niño estaba intranquilo ¿sabe usted? y yo para contentarlo le di...

—Pero al menos sabrá usted,—le repuse temblando,—en que sitio estaba enterrada? ¿No es verdad que sí? ¿Qué lo sabéis? ¿Qué me señalaréis el sitio?

—¡Y como quiere usted que yo me acuerde de semejante cosa!—replicó soltando una risotada.

JACQUES SANZ TOMÁS

PEPITORIA

Con el presente número recibirán los señores suscriptores y compradores el cuaderno 44.º de regalo, del álbum JOYAS DEL ARTE.

BIBLIOTECA ROSA

Sidonio y Mederico, por Emilio Zola.

La piel de león, por Carlos de Bernard.

El amor de una muerta, por Aureliano Scholl.

La voluntad de una muerta, por Emilio Zola.

El fin de Lucía Pellegrin, por Paul Alexis.

Santiago Damour, por Emilio Zola.

La fiesta de Coqueville, por Emilio Zola.

El secreto del cadalso, por Villiers de l'Isle Adam.

Sin trabajo, por Emilio Zola.

Los sufrimientos de un húsar (ilustrada), por Paul de Molènes.

El maestro de escuela, por Federico Soulié.

La inocencia de un presidiario, por Carlos de Bernard.

Para pedidos dirigirse a la Administración de estas Bibliotecas, Plaza de Tetuán, 50, Barcelona.

..

La Magnesia SAN-IMOL es un producto excelente que el estómago, a la gente, pone más limpio que un sol.

ACERTIJO

(UN CÉLEBRE FILÓSOFO)



NOVEJARQUE

CANTARES BATURROS

Ya l'han hecho *diputao* al marqués de Enredadera; algo caro le ha *costao*, dos mil duros y dos muelas.

Mi chiquia es una *tórtola* que arrulla cuando me mira, y su madre una *pañara* con ideas muy dafinas.

TEODORO E. GUZMÁN

De los males incurables hay uno que suprimir son los callos, que se curan usando el LADIVONSIM.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO



JUAN RODRIGUEZ

GOTA

Odio al que se sacrifica con una mira ambiciosa y al ir a elegir esposa prefiere una fea, rica, a una pobre, pero hermosa.

M. PÉREZ SERRANO

FRASE FIGURADA



NOVEJARQUE

Las soluciones en el próximo número

RASPAS

Diálogo entre un viajante y un médico de Tardienta:
—Cuando iba a subir al tren me acometió la molestia.
—¿Dónde subió usted? —En Jaca.
—Entonces será *jaqueca*.

¡Siempre seré Independiente! Así gritaba Vicente, sin saber lo que decía, por que el pobre se tocaba en una peluquería.

M. PÉREZ SERRANO

SOLUCION

a los pasatiempos del número anterior

Jeroglífico.— Los besos de dos amantes que se quieren sin engaño, son dos almas que se tocan al asomarse a los labios.

Salto de caballo.—

NUEVO TÁNTALO

Hay un rincón maldito en el infierno desde el que, en vaga y celestial penumbra, para aumentar el sufrimiento eterno, otro rincón del cielo se columbra. ¿Por qué de mi alma el tenebroso invierno la hermosa luz de tu semblante alumbraba si es mirarse en tus ojos retratado hacerlo ver el cielo a un condenado?

† RANOS DE CAMPOAMOR

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

E. P.—Lisboa.—Su poesía es preciosa, pero con sentimiento he de privarme de insertarla, como tantas recibimos en otras lenguas.

F. P.—Cofrentes.—Su poesía es muy ríspida y poco interesante.

V. C. O.—Valencia.—No sirve por falta de interés y sobra de defectos.

R. C. M.—Madrid.—El ritmo de *La Música* es tan anti-musical que solo podrían saborearlo los japoneses. La otra poesía es algo confusa. Vale más su prosa.

R. V.—Su *Declaración* peca de larga, incorrecta y enmarañada.

M. P. S.—Arévalo.—*Gotas y Raspas* compiten en ingenio y perfección de forma.

K. T. A. O.—Madrid.—Las *Únicas* me gustarían mucho más sino recordasen tanto al otro. Pero, en fin, están bien y son por lo tanto publicables.

A. M. G.—Toledo.—Si el trabajo a que alude era un artículo no se recibió; si era alguna poesía no dejará de publicarse, como todas las que usted envía.

A. M.—Arévalo.—Bonitos cuentos; irán. Se le enviará el número que le falta.

M. S. M.—Madrid.—Su poesía se publicará con toda seguridad, pero no puedo fijar plazo.

UNICO REPRESENTANTE EN TODA LA REPÚBLICA MEXICANA

J. BALLESCÁ Y C.ª, SUCESOR

Ayuntamiento de Madrid

CANADÁ (NUEVA BRETAÑA)



INFANTERÍA: SOLDADO DEL 2.º CONTINGENTE